

## ALGUNOS ASPECTOS DE LOS ESTUDIOS GRIEGOS EN ITALIA DURANTE EL SIGLO XV<sup>1</sup>

*Nigel Wilson*  
*Lincoln College, Oxford*

En todos los análisis de los factores que contribuyeron al Renacimiento italiano se incluye alguna mención de la importancia del estudio de la lengua griega. No obstante, hubo ya en la Edad Media algunos intentos de traducir textos griegos y aprovechar parcialmente la herencia del mundo antiguo. El éxito de estos intentos fue limitado, pero desde comienzos del siglo XV la cifra de autores griegos traducidos y estudiados se acrecienta sustancialmente. El fin de este trabajo es explicar el proceso de transición y mostrar sobre qué asuntos de la cultura europea occidental influyó el ascendente y más riguroso conocimiento de la literatura griega.

Every analysis of the factors which contributed to the Italian renaissance includes a mention of the importance of the study of Greek. However, there had been various attempts during the Middle ages to translate Greek texts and exploit some parts of the legacy of the ancient world. The success of these attempts was limited, but from the beginning of the 15th century onwards the number of ancient authors translated and studied increases substantially. The purpose of this essay is to explain the process of transition and to show which aspects of West European culture were influenced by the more extensive and more accurate knowledge of Greek literature.

<sup>1</sup> Texto revisado de una conferencia pronunciada el día 17 de septiembre de 1990 en la Universidad de Sevilla.

Quisiera comenzar con una discusión sobre una pintura del siglo XV. El tema, el martirio de S. Sebastián, es muy frecuente; hay muchísimos ejemplos. Pero esta pintura, conservada en la galería de Viena, difiere de las otras en un rasgo importante: hay una inscripción griega que proporciona el nombre del pintor, y reza: "obra de Andrés", es decir Mantegna. Según los expertos, la pintura se remonta a mediados del siglo: junto con otras pocas es un indicio de una revolución cultural que ya se había verificado. En la Edad Media ninguna pintura habría llevado tal inscripción. En Europa occidental el griego era *casi* ignorado; subrayo la palabra *casi*, porque en efecto había habido tentativas intermitentes, desde el siglo IX, de establecer los estudios griegos. Pero no tuvieron éxito, y esta falta de éxito es incomprensible. Eso lo digo por dos razones. En primer lugar, el comercio y las controversias religiosas imponían la necesidad de relacionarse con los griegos. Como prueba de tales relaciones tenemos, por ejemplo, un documento conservado de la correspondencia entre Bizancio y la ciudad de Génova<sup>2</sup>. En segundo lugar, había en Sicilia y en Italia del sur poblaciones de habla griega, y en algunas de esas poblaciones el nivel de cultura era elevado. Muchos manuscritos copiados en aquellas áreas se han conservado: p.e., un códice muy importante de Sófocles, escrito en Apulia en el año 1282 (Florenca, *Laur. Conv. Sopp. 152*). Habríamos esperado que los centros bilingües actuaran de vivero de maestros e intérpretes para los otros países de Europa. Pero al parecer no sucedió así. Se tradujeron muy pocos textos griegos; pocos también son los géneros literarios de que se trata; la calidad de las versiones es mediocre. La parte del león tocó a Aristóteles, y no se olvidaba completamente a Platón; existe la versión del *Timeo* hecha por Calcidio en el siglo IV, a la cual se añadieron en el siglo XII las del *Fedón* y *Menón*, obra de Enrique Aristipo. Disponían también de algunas traducciones los teólogos y los médicos; para éstos se trataba sobre todo de obras de una autoridad de primera fila, es decir Galeno.

Se han identificado diversos códices de Galeno que poseía Burgundio de Pisa, el más importante traductor de este autor, p.e. París, *graec. 1849*, Florenca, *Laur. 74.30*<sup>3</sup>. Leyendo el texto griego iba apuntando en los márgenes lo que le parecía esencial. Sin embargo, si bien Burgundio fue un hombre inteligente, no podía -ni tampoco podían los otros traductores- satisfacer la demanda de los intelectuales. Es notorio el caso de Petrarca, el cual se dio cuenta de que Homero fue un ilustre poeta, pero nunca pudo leer el texto que le entregó el embajador griego. Este códice ha sido identificado: se conserva en Milán (*Ambr. I 98 sup.*). Petrarca había animado a Boccaccio a buscar a un griego de Italia del sur, el cual pudiese venir a Florenca. Boccaccio halló a un cierto Leoncio Pilato, el cual inició sus cursos en el

<sup>2</sup> Génova, *Archivio di Stato, Materia politiche 18/2737*.

<sup>3</sup> Sobre los manuscritos poseídos por Burgundio cfr. N. G. Wilson, "A mysterious Byzantine scriptorium: Ioannikios and his colleagues", *S & C* 7 (1983) 161-176 (con láminas VIII-X), y "New light on Burgundio of Pisa", *SIFC* 3 (1986) 113-118.

año 1360. Tradujo Homero de manera muy tosca, comenzó a traducir la *Hécuba* de Eurípides e investigó los pasajes griegos en el *Digesto*. Afortunadamente se ha podido reconocer su letra en varios manuscritos.

Esta empresa fracasó sólo por el carácter de la persona invitada a Florencia para enseñar. Pero incluso en aquella Florencia, ciudad ya relativamente rica e iluminada, pasaron más de treinta años antes de que alguien tratase de nuevo, esta vez con éxito, de proporcionar lo que se deseaba. El nuevo maestro fue sobresaliente; se trató del diplomático bizantino Manuel Crisoloras, cuya permanencia en la ciudad duró sólo tres años, desde 1397 hasta 1400.

Pero estos años fueron suficientes para transformar la vida cultural de la ciudad, que por turno transmitió sus nuevos conocimientos e ideales a un área cada vez más extensa de Europa. Había dos factores que aseguraban el éxito de la enseñanza de Crisoloras. Como ya saben Vds., el griego es una lengua complicada, y no se aprende fácilmente si no hay buenos manuales y libros de consulta. Eso lo entendió Crisoloras, y tomó medidas para remediar la falta de libros apropiados. Ajustó los libros de gramática que se solían utilizar en las escuelas bizantinas, y simplificó cuanto pudo; p.e., logró reducir el número de declinaciones de los nombres desde 57 a 10. Sin embargo, hay indicios de que, no obstante esto, la lengua parecía muy difícil a los humanistas, de los cuales muchos no lograron dominarla. Pero al menos Crisoloras la hizo accesible a los que tuviesen talento para las lenguas.

Otra aportación suya importante fue la comprensión de que las traducciones tienen que ser dignas de leerse e idiomáticas. Tuvo a un discípulo quien se mostró capaz de realizar este ideal en la práctica, Leonardo Bruni. Bruni llegó a ser canciller de Florencia; fue también traductor muy activo, y sus versiones de Aristóteles gozaron de circulación extensa -algunas se han conservado en trescientas copias manuscritas, y esto es un indicio notable de su importancia en la vida intelectual de aquel período. Bruni se interesó mucho en Platón también, y aunque esas versiones no circulaban tan extensamente -hay quizá una treintena de copias conservadas-, ellas también fueron muy importantes, porque prepararon el terreno a la discusión que se desarrolló más tarde en ese siglo entre los partidarios de Platón y los defensores de la tradicional filosofía aristotélica.

Como pruebas de los estudios platónicos de Bruni se conservan algunas copias autógrafas de varios diálogos (Ginebra, *Bodmer 136*, Roma, *Urb. gr.32 y 33*)<sup>4</sup>.

El debate filosófico que acabo de mencionar tenía por supuesto consecuencias teológicas. Algunas nociones platónicas, sobre todo la reencarnación, no se podían conciliar con la doctrina cristiana, y no convenía manifestar demasiado entusiasmo por Platón; o por otra parte era preciso pretender falsamente que no había en

<sup>4</sup> Cfr. E. Berti, *Il Critone latino di Leonardo Bruni e di Rinuccio Aretino* (Florencia 1983) 25-38, con lámina III.

las obras platónicas ideas censurables. Así evitaron los italianos la crisis que afligió a los bizantinos a fines del siglo XI.

Conviene preguntarnos también si los estudios griegos tenían para Bruni y sus coetáneos otras trascendencias teológicas, y en efecto encontramos a otro personaje del mismo período que estudiaba muy atentamente la literatura griega patrística, traduciendo muchos textos. Se trataba de Ambrosio Traversari, conocido sobre todo, creo, por su traducción de las *Vidas de los Filósofos* de Diógenes Laercio. Pero a Traversari tocaba de cerca la doctrina de la iglesia griega. El motivo era político: los bizantinos buscaban desesperadamente ayuda contra los turcos que amenazaban, y los gobiernos de Europa occidental estaban dispuestos a ayudarles sólo a condición de que se hiciese un acuerdo satisfactorio para componer las controversias entre las dos iglesias. Por eso se convocó el Concilio de Florencia y se hizo la unión fracasada de las iglesias; durante el Concilio Traversari tuvo un papel importante.

Si quisiéramos describir en términos modernos el estado de los estudios griegos en Italia en la primera mitad del siglo, podríamos decir que la mejor universidad se hallaba en Florencia, mientras la mejor escuela fue la de Mantua, donde desde 1423 hasta 1446 Victorino de Feltre dirigía una academia conocida por algunos alumnos distinguidos. Estamos bien enterados sobre esta academia, porque unos alumnos describieron sus experiencias y algunos códices copiados para la escuela se pueden identificar.

Está claro que el programa fue principalmente literario y se seguía conservando la práctica bizantina. Naturalmente Crisoloras introdujo en Italia la selección de textos, ya establecida en las escuelas bizantinas, y, por su parte, Victorino empleó a unos pocos refugiados como auxiliares para enseñar la lengua. De éstos conocemos a dos, Pedro el Cretense y Gerardo de Patraso, y se pueden identificar unos treinta manuscritos copiados por ellos, en parte para la academia, en parte quizá para otros eruditos<sup>5</sup>.

Quizá para la mayor parte de los alumnos otros textos poéticos eran demasiado difíciles; eso vale sobre todo por lo que se refiere a la tragedia. Por consiguiente, cuando encontramos un códice de Sófocles escrito por Gerardo y ahora conservado en una biblioteca de Monte Atos (*Vatopedi 671*), podemos suponer que este libro fue copiado por el amanuense antes de que saliese de Grecia para probar fortuna en un nuevo mundo. En la escuela de Mantua fueron importantes también los textos de prosa. Luciano fue tan predilecto como lo había sido en Bizancio; se ha identificado una copia que perteneció al mismo Crisoloras (*Vat. gr. 87*). Otros prosistas se estudiaban para que los alumnos sacasen lecciones morales; así se explica la popularidad inmensa de Isócrates y de Plutarco, y de estos autores también

<sup>5</sup> Véase E. Gamillscheg, "Beobachtungen zur Kopistentätigkeit des Petros Kretikos", *J OE Byz* 24 (1975) 137-145 (con láminas 1-7); N. G. Wilson, "A puzzle of stemmatic theory solved", *RHT* 4 (1974) 139-142 (con láminas V-IX).

hemos podido identificar copias hechas por el mismo Gerardo (Oxford, *Canonici gr.* 87, Florencia, *Laur.* 69.1); es probable, pero no seguro, que las hubiera copiado para los alumnos de Victorino.

El marcado carácter literario del programa de estudios, introducido por los refugiados, constituye la más importante innovación en la actitud de los intelectuales del Renacimiento para con la cultura griega clásica. Por lo que se refiere a la filosofía, Aristóteles quedó como la autoridad fundamental, como lo había sido en la Edad Media; pero desde esta época se convirtió en una autoridad que se comprendió muy bien, porque los traductores habían proporcionado un texto inteligible y correcto. En cambio, para las almas más osadas los pareceres opuestos de Platón fueron accesibles en unas versiones no menos satisfactorias.

Es lógico que nos preguntemos si la colaboración de los refugiados bizantinos con los intelectuales italianos produjo pronto una explotación del patrimonio griego en otras materias. La contestación a esta pregunta revela algunas sorpresas. En primer lugar, examinemos el caso de la teología, cuya importancia política ya he indicado. A nosotros nos parecería normal que todos los intelectuales, tanto los laicos como los clérigos, se aprovecharan pronto de la capacidad que estaba ya a su alcance, es decir, la de leer la Biblia en griego, para sacar una mejor comprensión del original. Tal suposición nos parece tanto más natural cuando nos damos cuenta de que el mismo Traversari había aprendido la lengua mediante un texto bilingüe, primero los Salmos, y después del Nuevo Testamento. Aquí se ve el origen de la máxima que para aprender una lengua conviene tomar como primera lectura el Nuevo Testamento. Sin embargo, no se cotejó inmediatamente la Vulgata con el original; este procedimiento importante lo comenzó Lorenzo Valla a mediados del siglo, cotejando ambos textos, y se benefició de la ayuda, incluso tal vez del estímulo inicial, del más inteligente refugiado bizantino, el cardenal Besarión. Pero si bien este problema se seguía discutiendo en Roma dentro del grupo de Besarión, la obra de Valla apenas se hacía circular y permaneció casi desconocida hasta los principios del siglo XVI, cuando Erasmo tropezó con una copia. Entonces le tocó a él publicar en Basilea la primera edición del texto griego en 1516.

Así observamos un caso de progreso muy lento, y lo mismo vale si nos volvemos a las ciencias naturales. Consideremos, en primer lugar, la medicina. Galeno fue aún la principal autoridad, como lo había sido a lo largo de los siglos anteriores. Era de esperar que los traductores fuesen muy activos para aumentar y mejorar la comprensión de las obras de Galeno, y sin embargo hay poquísimos indicios de tal actividad en el siglo XV. Por lo general, se cree que el primer progreso importante se verificó cerca de 1540 con las investigaciones de Vesalio. Eso no es exacto, pero no está muy lejos de la verdad. Mucho mérito debe ser atribuido al anatomista Berengario de Carpi. En su libro publicado en Bolonia describe la disección que hizo en presencia de muchos espectadores el día 17 de mayo de 1520. El resultado no estuvo de acuerdo con lo que dice Galeno en su manual. Berengario creyó que su copia de Galeno tenía que ser defectuosa. Pero en otro pasaje del

mismo libro, donde describe el cráneo, Berengario concluye que se equivocó Galeno, porque su sonda no alcanzaba lo suficiente.

Muy parecida es la historia de las matemáticas. En los años 40 del siglo XV se hizo una nueva traducción de Arquímedes, y Besarión invitó al Regiomontanus, un alemán de talento, a ocupar una cátedra en la universidad de Padua desde 1464. Pero el alemán se marchó, y al parecer los progresos verdaderos en las matemáticas se deben a los italianos en los años 40 y 50 del siglo XVI, como, p.e., Tartaglia y Commandino<sup>6</sup>.

Entre los pocos textos científicos muy atentamente leídos en la primera fase del Renacimiento se destaca la *Geografía* de Ptolemeo, ya traducida durante el primer decenio del siglo XV por Jacopo Angeli da Scarperia. Quizá convenga mencionar aquí una obra más importante del mismo Ptolemeo, el *Almagesto*, del cual había dos versiones medievales. La primera la hizo en Sicilia cerca de 1160 un colega anónimo de Enrique Aristipo, la segunda es poco más tardía, producida en Toledo cerca de 1175; se debe a Gerardo de Cremona, que tradujo no el texto griego sino una versión árabe. Esta traducción indirecta tuvo más influencia que la otra. Sin embargo, los eruditos del Renacimiento no la sustituyeron por una nueva.

Aún más reveladores como indicios del tratamiento de los textos científicos son los prólogos de Teodoro Gaza a sus traducciones de Aristóteles y Teofrasto. En el prefacio a las obras botánicas de Teofrasto Gaza no proporciona algún motivo de carácter científico para justificar tales lecturas. Encontramos lo mismo en el prefacio a las obras zoológicas de Aristóteles; pero aquí cataloga las siguientes consideraciones: (i) muchas virtudes morales se pueden exemplificar en el comportamiento de diversos miembros del reino animal; (ii) los lectores serán inducidos a manifestar su admiración por la naturaleza y por su creador; (iii) los filósofos comprenderán mejor los varios tipos de la causalidad; (iv) los que quieran hablar en público se beneficiarán explotando hechos divertidos o analogías del reino animal.

En la esfera de la tecnología no esperamos encontrar una gran proliferación de textos antiguos, porque autores prestigiosos desdeñaban claramente tales asuntos, hablando de las artes banaúscas. Con dos ejemplos notables se puede demostrar que lo que vale en las ciencias puras vale también en las artes banaúscas. En los años 60 del siglo XVI, en Tivoli en los alrededores de Roma, el arquitecto Pirro Ligorio construyó para Ipolito d'Este una villa maravillosa con surtidores; y la forma original de los surtidores se cree que fue modelada en un aparato diseñado por el ilustre inventor Herón de Alejandría; el propio Herón diseñó también una máquina de vapor, aunque es probable que no fuese capaz de construirla. En el mismo período el catedrático de griego de Venecia Victor Fausto, que tuvo la cátedra aproximadamente desde 1520 hasta 1550, era muy célebre entre sus coetá-

<sup>6</sup> P. L. Rose, *The Italian Renaissance of mathematics* (Ginebra 1975) 151-158 y 185-221.

neos como constructor naval<sup>7</sup>. Pretendía que la base fundamental de su diseño de una nueva galera a remos derivaba de una idea con que había tropezado en un tratado antiguo. No estoy convencido de que esta pretensión fuese verdadera; pero en el tratado pseudo-aristotélico de la *Mecánica* hay un pasaje que tal vez lo estimuló a reflexionar sobre el problema del rendimiento.

Si en el año 1400 los habitantes del más importante centro italiano de cultura podían aprender la lengua que fue la clave de tantos progresos; y si otros centros culturales hicieron esfuerzos por imitar a Florencia, ¿por qué hubo tanta dilación antes de que se explotasen plenamente los beneficios de los estudios griegos? Trataré de adivinar las razones. En primer lugar, fueron poquísimos los que aprendieron la lengua muy bien. Era empresa difícil, aún después de la invención de mejores manuales; faltaban libros de consulta, p.e., diccionarios de calidad superior. Podemos constatar que los copistas residentes en Mantua tuvieron que proporcionar una gramática (Viena, *phil. gr.* 263) y un léxico bizantino, la *Suda* (Florencia, *Laur.* 55.1), ambas obras destinadas a un público de habla griega. En segundo lugar, cuando comenzó la tipografía, las ediciones griegas tardaron en seguir a las latinas. Los gastos de diseños de tipos y el mercado limitado hicieron los libros griegos más caros que los latinos. La primera edición de Homero se publicó sólo en 1488; la prensa de Aldo Manucio comenzó su actividad en 1495. Entre las numerosas ediciones importantes hay pocas de textos científicos; y no obstante el interés suscitado por las obras de Ptolomeo, no las publicó inicialmente Aldo Manucio, y la edición del texto griego se imprimió algunos años después de su muerte, en 1533. En tercer lugar, el concepto de las investigaciones organizadas es relativamente moderno. Si bien los italianos se reunían en grupos que llamaban academias, este término se refería a eruditos cuyos intereses fueron sobre todo literarios, no científicos. No nos conviene tampoco olvidar que los recursos eran tenues; aunque las ciudades italianas fuesen más ricas que antes, las guerras y otros desastres les afectaban con frecuencia; por consiguiente, las universidades y las academias llevaban una vida precaria, al igual que se advierte hoy día en otros países que se creen ricos y civilizados.

Es probable que el público culto de nuestros días considere las bellas artes como la mejor herencia del Renacimiento, y a comienzos de este ensayo mencioné un cuadro que muestra directamente la influencia griega. Hay otros cuadros que hacen lo mismo de otra manera, representando un cuento derivado de una fuente griega, p.e., *La Calumnia de Apeles* narrada por Luciano<sup>8</sup>. Pero por lo general en las bellas artes no se advierte mucha influencia griega, mientras la arquitectura y la escultura se inspiraron en las excavaciones de edificios romanos, donde se ha-

<sup>7</sup> Véase N. G. Wilson, "Vettor Fausto, professor of Greek and naval architect", en el volumen *The uses of Greek and Latin: historical essays edited by A. C. Dionisotti, A. Grafton, and J. Kraye* (Londres 1988) 89-95. Hay también una monografía reciente: E. Concina, *Navis* (Turín 1990).

<sup>8</sup> Cfr. D. Cast, *The calumny of Apelles* (Yale 1981).

llaron sobre todo objetos romanos: no es casual que la arquitectura de la Escuela de Atenas de Rafael sea no griega sino romana. La arqueología griega se inició despacio, y los viajeros que fueron por la Grecia no se dieron cuenta de los templos de Pesto, cerca de Salerno, maravillosos por su estado de conservación; tales monumentos de la arquitectura griega resultaron a la vez tan vecinos y tan lejanos.

Hemos observado cómo los conocimientos de textos científicos tardaron en hacerse efectivos, y tales efectos, aunque fuesen de primerísima importancia en aquellos tiempos, han sido sobrepasados. Hemos observado también el nuevo interés por los textos literarios desplegado por los italianos, de acuerdo con la tradición de sus maestros bizantinos. La influencia de la literatura griega fue muy profunda; adviértase que muchas veces se ejerció mediante una traducción latina o en lengua vernácula. Un códice francés del siglo XVI (Berlín, *Phillipps 1938*) hace pensar que los textos antiguos no siempre se entendían perfectamente; en éste hay una portada que recuerda el mundo caballeresco, y no es fácil adivinar que se trata aquí de la *Electra* de Sófocles. El grado de comprensión alcanzado por los lectores no se puede calcular exactamente; pero el problema se resume en una cuestión sencilla: si Shakespeare no hubiese leído las *Vidas* de Plutarco en una versión inglesa derivada de la francesa de Amyot, ¿qué clase de obras dramáticas habría escrito?